

IDENTIDAD Y FORMACIÓN PROFESIONAL, UNA PERSPECTIVA DE CONSTRUCCIÓN EN RELACIÓN*

IDENTITY AND PROFESSIONAL FORMATION, A PERSPECTIVE ON RELATIONSHIP CONSTRUCTION

Blanca Ruth Agudelo Pasos

Psicóloga, Magister en Psicología Clínica, Especialista en Promoción y comunicación en Salud. Jefe de Bienestar Universitario, Universidad CES.

Correspondencia:
bagudelo@ces.edu.co

RESUMEN

Las ideas sobre el desarrollo de una única identidad, de un yo estructural como instancia característica de la condición de sujeto, son reconsideradas en el presente artículo, a la luz de la comprensión de lo que la psicología clínica social, en el contexto de un paradigma construccionista, aporta para la comprensión psicológica del ser humano en complejidad, cuando se reconocen múltiples posibilidades de construcción del sí-mismo en relación. Estas implicaciones de relación, se analizaron en el contexto actual de lo que sucede en el entorno de la educación superior, donde el joven adolescente “postmoderno” realiza una elección para inscribirse en una disciplina profesional, a partir de lo cual devienen sucesivos encuentros de identificación o no.

Palabras clave: Adolescencia, Disciplina Profesional, Identidad, Relaciones interpersonales, Rol profesional, Universidad.

* Artículo de reflexión derivado del trabajo de grado adelantado por la autora para optar por el título de la Maestría en Psicología Clínica. Universidad del Norte, Barranquilla, Colombia.

ABSTRACT

Assumptions about a unique identity and a structural ego as a characteristic of the subject condition are considered in this article from the social psychological view in a constructionist paradigm context that facilitates the understanding of the complex psychology of human beings, when multiple self construction possibilities in relation are recognized. Those relationships are analyzed in the present context of upper education, in which the postmodern adolescent makes a decision to enroll in a professional discipline, from which the subject could face or not some derived series of self identification.

Key words: Adolescence, Adolescent psychology, College, Identity, Interpersonal relationships, Professional Discipline, Professional role, University.

INTRODUCCIÓN

En este artículo se propone argumentar sobre la significación de los procesos de identidad en la adolescencia, en relación con la elección de una formación disciplinar, la proyección de un futuro rol profesional y el entretrejo de este contexto relacional que se construye en el entorno educativo.

En consecuencia, el rol del psicólogo en las instituciones educativas ha de considerarse en el reconocimiento de la red de relaciones en la que un sujeto, como individuo particular, se sitúa y se dispone para otros; en su particular forma de relación obtiene un lugar, a partir del cual construye identidad para sí mismo, en lo colectivo y en un contexto. De esta forma las lecturas que desde la psicología se construyen en el entorno educativo, y considerando

los grupos de sujetos que allí participan, hacen visible la perspectiva de un razonamiento clínico psicológico. Creer que existen múltiples posibilidades en los grupos poblacionales para lograr el desarrollo de las potencialidades físicas, cognitivas, psicológicas, emocionales, afectivas y sociales, mediante la integración de acciones educativas a una clínica social y la implementación de estrategias ecosistémicas construidas con la comunidad en su entorno, es una premisa fundamental de la propuesta que se presenta en este artículo.

Un enfoque en la cualidad de las relaciones se soporta en la observación de la tendencia natural de la condición humana que evidencia la necesidad de vinculación, asunto que tiene gran influencia en el desarrollo de identidad y en la consolidación de las relaciones

interpersonales que a lo largo de la vida del individuo permitirán o no la potencialización de recursos emocionales o resilientes, y que serán de gran aporte en procesos de formación y desarrollo personal. De esta forma se hace posible adentrarse en la concepción del individuo como sujeto social, en la que el establecimiento de las relaciones con otros y con el entorno, y las representaciones que de estas relaciones se derivan, constituyen eslabones en el espiral sobre el cual avanza la construcción de sí mismo.

Para profundizar en la comprensión de la construcción de identidad humana, se parte de considerar un tapiz que entreteje las relaciones y dinámicas vinculares; proceso en el que sucede la organización de lo intrínseco de la persona, su mismidad y sus posibilidades como sujeto. Se hace necesario identificar el paradigma epistemológico desde el cual se abordan los procesos de identidad que atraviesa al sujeto en sus diferentes dimensiones, a fin de articular al razonamiento clínico-psicológico, como una ventana desde la cual se observa este asunto de la humanidad.

Este artículo se sitúa en un contexto relacional, para procurar la comprensión del modo como se gestan los vínculos y las nuevas formas de relación en la llamada “era postmoderna”; vínculos a partir de los cuales se movilizan las dinámicas ínter subjetivas, que conllevan a su vez movimientos de identidad particulares.

Y, es que esta llamada postmodernidad, esta era planetaria en la que han crecido las nuevas generaciones de

adolescentes actuales (año 2008), ha hecho posible la creación de formas de relación en las que tiempo y espacio, factores que tradicionalmente influían en la manera en como se consolidaban los vínculos, han sido superados. Tal como lo afirma Kenneth Gergen (1992), por cuenta de las nuevas tecnologías y los medios (televisión, radio, cine, Internet) se está ampliando en un grado vital la gama y variedad de relaciones que puede tener la humanidad. Hasta hace algunos años las relaciones se construían con las personas del entorno social inmediato, pues eran los integrantes de la comunidad a la que pertenecía el sujeto, con quienes tenía contacto; por tanto era posible establecer relaciones interpersonales en el encuentro físico con el otro. Ahora, es posible comprender un ser humano que existe en redes sociales de diferente contexto. A este respecto Gergen (1992) concibe la existencia de un sujeto como terminal de redes de computadores múltiples en las que aparecen nuevas pautas de relación.

Denise Najmanovich (2005), Gilles Lipovetsky (2002), Kenneth Gergen (1992), los esposos Obiols (2006) y Edgar Morin (2003), entre otros, coinciden en afirmar que asistimos a la generación de nuevas formas de conocimiento de los fenómenos humanos, en la que la teorización no determina el criterio de veracidad para la comprensión de la realidad. De esta forma, los estudios científicos que marcaron la generación de conocimiento en el pasado habrán de ser considerados frente a las nuevas formas de relación en las que se implican los sujetos en la actualidad. En este sentido, afirman los Obiols (2006, p. 46) que “Desde Descartes

hasta Marx, las ideas de la modernidad surgidas en interacción con la lucha política y el desarrollo científico-tecnológico, modelaron el mundo en el que vivimos". Ellos describen la característica esencial del paso del individuo de la modernidad a la postmodernidad:

La modernidad había significado la emancipación del individuo del sometimiento al medio familiar o social. Desde la reforma protestante y la constitución del sujeto cartesiano, la consideración por el individuo y el respeto de sus derechos, no habría hecho más que aumentar; no obstante el individuo se inscribía en los grandes proyectos colectivos. Para algunos autores, en la cultura postmoderna se acentúa el individualismo hasta el nivel del egoísmo, en un "proceso de personalización" que abarca todos los aspectos de la vida social (2006, p. 57).

Con esta reflexión se hace pertinente considerar que en el progresivo desarrollo disciplinar de la psicología como proceso de estudio y campo de investigación de la psique que pretende la comprensión del sujeto, se han derivado construcciones de un conocimiento que a su vez influye en los procesos de desarrollo social. De esta forma, es importante tener en cuenta que el observador de los procesos psicológicos está a su vez inmerso en el entramado social, propio de ese momento histórico social particular, y, con ello, observador y contexto interactúan en procesos circulares de mutua construcción. En consecuencia, en el presente artículo es conveniente retomar las

descripciones clásicas del desarrollo evolutivo a la luz de realidades contextuales y nuevas formas de conocimiento que han dado en llamarse Postmodernidad. Mas allá de la nominación conceptual, se encuentra el estado de circunstancias diferentes que se observan en la vivencia de un joven adolescente en la actualidad, tema en el que el estudio de la psicología permanecerá vigente en la medida en que resigne sus conceptos de acuerdo al contexto de una época o periodo del desarrollo de la humanidad.

Para este artículo el énfasis se hace en la observación de un momento evolutivo del desarrollo humano: la adolescencia, que coincide —en la mayoría de las culturas— con el ingreso a una formación de educación superior, y supone entonces la elección de una carrera profesional. De esta forma se suceden movimientos interaccionales y subjetivos, en los que los procesos de identidad del joven adolescente se encuentran implicados en las dinámicas relacionales que se gestan en los nuevos contextos.

Eric Erikson describe ampliamente la importancia de este periodo evolutivo y la relación con procesos de identidad, en los que la cultura en la que el sujeto se encuentra adquiere gran relevancia. En relación con ello dice que:

El sentimiento de identidad yoica, entonces, es la confianza acumulada en que la mismidad y la continuidad interiores preparadas en el pasado encuentren su equivalente en la mismidad y continuidad del significado que uno tiene para los demás, tal como se evidencia en la promesa tangible de

una carrera... En la mayoría de los casos lo que perturba a la gente joven es la incapacidad para decidirse por una identidad ocupacional (1985, p. 235).

Tradicionalmente el concepto de “la identidad” en la adolescencia ha sido un tema de reflexión como proceso característico de un momento evolutivo del desarrollo de la evolución humana. Para el presente artículo, ha de considerarse la propuesta de observar este fenómeno humano en un contexto específico de los jóvenes que, habiendo optado por una elección disciplinar o carrera universitaria, ingresan a unos entornos educativos donde adquieren nuevas relaciones, para a partir de allí, promover el devenir de Identidad.

En este contexto se hace necesario revisar los planteamientos de una adolescencia que nos enseña marcos nuevos de actuación, pues en la historia de muchos jóvenes que actualmente llegan a los escenarios de la institución universitaria, se encuentran las huellas de la intervención de una psicología “preventiva”, que ha permeado los procesos de crianza y educación, y ha participado en la construcción de dinámicas relacionales de manera particular. De este modo, ya no es posible hallar en estos jóvenes una marcada oposición a la norma que se presentaba por gracia de una educación basada en la represión, pues ahora los parámetros de normatividad en las familias se han flexibilizado, dados los cambios en las pautas de crianza propiciados por el desarrollo de las ciencias sociales, en el que la disciplina de la psicología ha hecho su aporte al señalar como un sistema de crianza basado en la represión afecta el

desarrollo de una sana personalidad. A este respecto afirman los Obiols (2006) que:

Creemos que la cultura que los rodea [a los adolescentes en la actualidad] encarna aquellos conflictos que habrían sido descritos por su grupo etéreo. Un collage en lo referente a la identidad, crisis en los valores, ambigüedad sexual, hedonismo, características que no le permiten al adolescente entrar en conflicto con el medio, ni con los adultos que lo sostienen (p. 102).

La pregunta que surge desde un planteamiento en el que el desarrollo evolutivo implica procesos psicosociales es ¿puede este marco que rodea a los adolescentes en nuestra cultura coadyuvar al desarrollo de una personalidad que se afiance en identidad? o ¿la personalidad será susceptible de clasificarse como patológica?

Quienes han centrado sus estudios psicológicos en el periodo de la adolescencia (E. Erikson, Peter Blos, A. Aberastury) han evidenciado la importancia de las identificaciones en este momento evolutivo y el papel del medio circundante. En las condiciones actuales ¿qué podría esperarse en la integración de la personalidad de los jóvenes? Se hace necesario que frente a la adolescencia actual se generen nuevas formas de comprensión, diferentes a las vigentes en algunas escuelas de la psicología.

Asistimos entonces a un periodo en el que transitamos de una conceptualización clásica del

adolescente y la identidad, a la observación (y las contribuciones que de allí se originan) de como llegan los chicos en la actualidad a los escenarios de formación profesional, las nuevas formas de relación que establecen, el tipo de vínculos que se generan en algunas de estas relaciones y el fenómeno de Identidad como proceso que atraviesa diferentes dimensiones de la condición de Unidad Múltiple que caracteriza el estudio del ser humano, en el sentido que describe E. Morin (2003, p. 66): “la unidad humana ha devenido hoy para las mentes que no conocen mas que troceando, separando, catalogando, compartimentando... Hay que concebir la unidad múltiple, *Unitas Múltiplex*. De este modo la diversidad está inscrita en la Unidad de la Vida”. Con lo anterior se descubre de manera afirmativa una condición de lo humano, múltiple y complejo, que ha de integrar sus procesos de identidad en este sentido de complejidad, pues siguiendo a Morin (2003) se encuentra que:

La diferenciación decisiva en relación al otro no está en primer lugar en la singularidad genética, anatómica, psicológica y afectiva; está en la ocupación del puesto egocéntrico por un yo que unifica, integra, absorbe y centraliza cerebral, mental y afectivamente las experiencias de la vida (p. 81).

Esta descripción hace posible considerar que en lo humano el asunto de identidad se construye en relación con las experiencias de la vida del sujeto, que se fundan en la historia de relaciones identitarias de la infancia, para actualizarse y modificarse, de acuerdo con las opciones que el

contexto actual le presenta a los jóvenes adolescentes de la sociedad en la que se encuentran.

Se hace posible entonces reconocer la realidad desde la noción psico-social descrita ampliamente por E. Erikson, para quien el contexto histórico y cultural y los elementos de las tecnologías propias del momento influirían las dinámicas relacionales de quienes interactúan en ellas; noción que nos permite considerar la necesidad de intervenciones observacionales de la psicología del ser humano y su identidad, con razonamiento clínico y en un contexto tecnológico-cultural. Y es que para Erikson (1979, p. 52), la identidad, concepto desarrollado a profundidad en su obra, reviste las particularidades de circunscribirse en tres ordenes en que el hombre vive en todo tiempo: un orden somático, por el cual un organismo busca mantener sus identidades en una renovación constante de la mutua adaptación del *milieu* interior y el medio ambiente; un orden yoico, donde se hace posible la integración de la experiencia y conductas personales, procesos que permiten la experiencia en el yo individual, situación que en términos de Erikson “asegura al sujeto la individualidad y la identidad coherente: de ser uno mismo, de ser aceptable y de encontrarse en camino de llegar a ser lo que otra gente con su enfoque mas bondadoso considera que somos”. El tercer orden es el social, orden que se mantiene unido por organismos yoicos que comparten una ubicación histórica geográfica, consolidando identidades colectivas; que Erikson describe así: “El ser humano de todas las épocas, desde el primer punta pie

en el útero hasta el último suspiro, está organizado en agrupamientos de coherencia geográfica e histórica: familia, clase, comunidad y nación”. Esta descripción hace posible adentrarse en la comprensión de ser humano de Eric Erikson, quien la resume en una frase que aunque pareciera simple ha de considerarse en su máxima complejidad: “Un ser humano es siempre un organismo, un yo y un miembro de la sociedad” (1995, p. 56).

Al momento de considerar como se organizan los procesos de identidad en nuestro contexto, se hace pertinente traer nociones contemporáneas de un ser humano complejo descrito por planteamientos como los de E. Morin (2003) quien pone en consideración la trilogía de la dimensión humana (que tiene relación con la descripción psico-social que realiza E. Erikson, propuesta en el párrafo anterior), que condensa de manera majestuosa en esta anotación:

La humanidad emerge de una pluralidad y de un ajuste de trinidades:

- la trinidad individuo-sociedad-especie;
- la trinidad cerebro-cultura-mente;
- la trinidad razón-afectividad-pulsión, en si misma expresión y emergencia de la triunidad del cerebro humano que contiene en si las herencias reptileana y mamífera (p. 57).

Desde esta perspectiva se hace posible reflexionar sobre un ser humano como organismo vivo, pero también organización de un sí-mismo a partir de

las experiencias y vivencias que lo atraviesan en sus relaciones con otros con quienes comparte contexto e identidades.

¿Cómo adentrarse entonces en la comprensión de identidad en el ser humano, joven adolescente, desde un razonamiento clínico psicológico? Ha de recurrirse en este punto a una manera de comprensión y de conocimiento que desde la antigüedad observó el filósofo presocrático Heráclito, según la cual nadie puede bañarse dos veces en el mismo río. El devenir y el construccionismo permiten ahora nombrar el modo como sucede la comprensión de los fenómenos psicológicos en contexto e involucran los sujetos que participan de estas observaciones en una misma realidad a partir de la cual se construye un conocimiento. Es por ello que al encontrarse frente a los postulados psicológicos de epistemologías no lineales es posible participar de una nueva construcción de lo psicológico, que toma en cuenta la tradicional teorización del individuo intrapsíquico y su desarrollo evolutivo como parte constitutiva en la concepción de ser humano, enriquecido con el reconocimiento de las múltiples dimensiones relacionales y de construcción de sí-mismo, en las que está involucrado el sujeto en todo momento, para mezclarse en una nueva organización que da lugar a un concepto de lo psicológico en complejidad, una propuesta en contexto hacia la psicología clínica social.

La psicóloga e investigadora en psicología clínica social, Ángela Hernández, explicita la reflexión sobre

este cambio de paradigma en la psicología clínica al precisar que:

Pasar de la vida positivista aplicada a las ciencias humanas, a la mirada cibernética, constructivista, construccionista social y de la complejidad, implica cambiar la búsqueda de la causa única, final y preponderante, por la generación de explicaciones contextuales y procesuales, cuya vigencia no pretende ser permanente ni universal, sino respetuosa de las particularidades, de las situaciones, las personas y los tiempos (2003, p. 38).

Hoy, se hace posible reconocer un sujeto biológico, relacional, social lenguajeante, emocional, cultural, religioso, aspectos que no se reconocen en sus partes, sino en su mezcla compleja y continua construcción de identidad. Se constituye entonces el asunto de identidad, en la ventana a través de la cual es posible participar de la comprensión de lo psicológico de un sujeto, que no es solo individuo o persona, sino que, como sujeto viviente y susceptible de comprensión psicológica, está constituido también por una familia, una pareja, una comunidad y/o una institución.

De esta forma tanto las nociones de sujeto como de identidad, no pertenecen de manera exclusiva a una teorización lineal del desarrollo individual intrapsíquico. Esta concepción de lo psicológico hace parte de la propia construcción de identidad con otros sujetos susceptibles de reconocer desde su dimensión histórica evolutivamente constitutiva, reconocidos además en la

multidimensionalidad que les circunda y hace parte de ellos, realidad que es puesta en consideración al momento del análisis sobre formas de intervención que tiene en cuenta identidad y contexto.

En relación a esta construcción sobre la comprensión de identidad y contexto, se encuentra la descripción que hace Guillermo Páramo Rocha (2006) en su ponencia sobre identidades y escuelas. A partir de una metáfora sencilla expone sus consideraciones respecto del modo como se genera identidad a través de las relaciones que construyen los seres humanos (2006):

Podemos imaginar que en el arbolito (de navidad) hay bombas plateadas, doradas, azules, rojas y verdes; y que algunas son alargadas y otras con forma de velas o lagrimas, y otras son esbeltas o esféricas. También podemos representarnos a nosotros mismos tratando de ver algunas de esas bombitas en algún reflejo de las mismas. Podemos imaginar que al mirar el reflejo de una de esas bombitas, se reflejan otras bombitas, las cuales reflejan la habitación, cada una de ellas refleja apenas algo del lugar, y solo algunas de esas bombitas. Y basta un pequeño toque o vibración insignificante para que ya no refleje lo que reflejaba antes; ahora reflejan otras cosas que antes no reflejaban; basta el ligero movimiento de algunas de las bombitas que esa bomba refleja, para que se pueda cambiar de perspectiva sobre la habitación y el resto de imágenes reflejadas. Las características de las bombas nos

podrán mostrar diferentes transformaciones de conjunto. Yo creo que así somos los individuos, los sujetos en las sociedades. Dependemos de lo que nos rodea, y nos reflejamos los unos a los otros en cadenas muy intrincadas y complejas... pero por otro lado al igual que las bombitas somos insustituibles... cada quien representa algo que es insustituible, es un punto de vista único, en eso somos absolutos (p. 26).

El anterior planteamiento pone de presente y de manera concreta, una descripción del proceso de identificación como parte de un proceso evolutivo al servicio del desarrollo de la persona como sujeto en sociedad.

Y es que, el mecanismo de la identificación como defensa frente a la observación de lo que sucede en el desarrollo de los jóvenes en las escuelas y universidades hoy día, toma distancia de lo descrito por algunos clásicos de la psicología y el psicoanálisis, pues en el panorama aparece borrosa la importancia de un otro modelo o persona criterio que incentivaría en el adolescente la movilización de recursos internos en el proceso de consolidación de sí mismo. En relación con ello, los Obiols, citan a Ana Freud cuando en 1969 sustentaba que:

Algunos adolescentes colocan en el lugar que dejaron vacío los padres, a algún auto designado líder que pertenece a la misma generación de aquellos. Esta persona puede ser un profesor universitario, un poeta, un

filósofo, un político. Quién quiera que sea, se lo considera, infalible, semejante a un dios y se lo sigue ciega y alegremente (2006, p. 126).

En contraposición a esta perspectiva, a partir de la observación que realizan sobre los adolescentes en proceso de identificación, los Obiols afirman que: "En la actualidad, los adolescentes no encuentran fácilmente figuras, por lo menos adultas, con las cuales identificarse y que tanto los padres como los docentes han perdido ese lugar" (2006, p. 126). De acuerdo con estos autores, desde los años 50 hacia delante, el proceso de identificación no se gesta en la relación con un modelo adulto sino con pares. De esta manera los Obiols proponen que "los adultos actuales tomaron como referencia a sus pares idealizados y no un modelo adulto", situación que lleva a dos posibilidades, que cuestionan la tradicional concepción, apropiación y uso del término de la Identificación en las teorías psicológicas:

El mecanismo de la identificación con padres y maestros y la construcción de un ideal del yo, a los cuales tanta importancia se les dio en la teoría psicoanalítica para comprender la madurez de la personalidad, realmente no la tengan, o la personalidad se ha desarrollado defectuosamente en las últimas décadas en la medida en que tales procesos no hayan ocurrido como se esperaba (2006, p. 127).

Este cuestionamiento propicia la comprensión de unos procesos humanos de mayor complejidad, en el sentido en que la identificación como proceso al

servicio del desarrollo de la persona humana o sujeto no será lineal, ni unidireccional. Así, el proceso de la identificación deviene como en el árbol de navidad descrito por Guillermo Páramo, a partir del cual es posible comprender que la identificación se sucede con los movimientos propios de las dinámicas que conllevan el establecimiento de relaciones y vínculos significativos para el individuo, independiente de si estas relaciones son construidas con adultos o pares. La caracterización del como este proceso de identificación adquiere connotaciones para influir o permear la consolidación del sí mismo, se encuentra en el análisis y comprensión de esa relación (quizá de mutua identificación), de acuerdo al contexto.

En el escenario de la universidad o institución de educación superior, el joven se encuentra con unos otros con quienes establece diferentes formas de relación, pues, como ya se ha descrito, las relaciones en lo actual no solo se gestan en el encuentro cara a cara, sino además son mediadas por las tecnologías propias del momento, que permiten perpetuar encuentros y promover la generación de vínculos. Con todo lo anterior, existe una relación que se ha conservado a lo largo de la historia del desarrollo del conocimiento, tutor-aprendiz, maestro-discípulo, profesor-estudiante; la nominación dependerá del contexto socio-cultural en el que se encuentren inmersos los participantes, más la forma en como se gesticule y sean mutuamente influyentes, habrá de tener en consideración múltiples factores y dimensiones de la condición humana. Aún más, teniendo en cuenta las particularidades de la juventud de

la postmodernidad, conviene preguntarse por los procesos actuales de identificación que movilizan identidad en quienes participan de esta relación.

Clásicamente se ha reconocido como la identificación con el adulto se promueve en la cualidad de relaciones que desde la infancia el niño establece con el adulto, escenario que prepararía el establecimiento de futuras relaciones en el periodo de la adolescencia, cuando se derivarían procesos de identificación y “la” identidad se consolidaría en relación con ello. Sin embargo, al considerar el fenómeno de identidad humana en complejidad y multidimensionalidad, se hace necesario adentrarse en el análisis de procesos bidireccionales, presentes en cada relación que el sujeto establece a lo largo de su existencia. En consecuencia, es importante reflexionar sobre como se suceden posibles movimientos de identidad en la relación profesor-estudiante.

Se reconocerá entonces el yo relacional, en el sentido que propone Kenneth Gergen cuando centra su interés en la relación, describe lo que se ha dado en llamar: “la realidad de la relación” y expone dos pasos a tener en cuenta para su análisis y reflexión: “primero despedirnos con un último adiós de la entidad concreta del yo, y luego, seguir las huellas de su construcción como relación personal” (1992, p. 184).

Al observar la crianza y educación de los niños, se hace evidente las mutuas influencias en la construcción del sí mismo que se suceden, tanto en el niño como en quien asume el lugar de

cuidador, por efecto de la interacción y reconocimiento de la existencia de cada uno en el otro. En el campo de las relaciones que devienen entre maestro y discípulo o, mejor, profesor y estudiante en el contexto de la educación y formación profesional, se ha dado en reconocer la influencia que de manera unidireccional se gesta en el estudiante, considerando entonces que los movimientos en la construcción del sí mismo y el revestimiento de la identidad se realizarían en el estudiante, por efecto de la instrucción y vía identificación o diferenciación del estudiante respecto del profesor, como figura adulta y de autoridad, mas no teniendo en consideración la realidad de la circularidad de la relación.

Para comprender el progresivo reconocimiento del yo relacional, (tomado del modelo construccionista de Gergen, con lo que se diferencia del concepto tradicional del yo como parte de la estructura presentada por Freud y se acerca al concepto de un sí mismo que se construye en relación), Gergen hace un recorrido por los diferentes modos de conocimiento en la historia, y el como esto influye en las concepciones del yo vigentes para cada momento. En relación con ello Gergen menciona, entonces, la importancia de comprender lo que sucede en el paso de la concepción del yo en el mundo moderno a otra en el mundo postmoderno, y dice:

Allí donde la concepción romántica como la modernista del yo identificable comienza a desgastarse, el resultado en vez de ser el vacío, la ausencia del ser, puede ser (si es que nuestro recorrido por esta trayectoria es

admisible), el ingreso a una nueva era que caracterice el yo. Entonces, ya no se define como una esencia en sí, sino como producto de las relaciones. En el mundo postmoderno, el yo puede convertirse en una serie de manifestaciones relacionales, y estas relaciones ocuparían el lugar que en los últimos siglos de historia occidental, tuvo el yo individual (1992, p. 191).

Se hace relevante en este punto preguntarse por lo que sucede con los procesos de identidad de un sujeto adulto profesor que, que seguramente se construyeron a partir de relaciones personales, en el encuentro cara a cara, afronta ahora en la educación con sus estudiantes, el reconocimiento de diferentes formas para establecer relaciones en las que se involucran los jóvenes, como las derivadas por las tecnologías actuales: Internet, face book, Hi5, Messenger, second Life y similares.

En este sentido es oportuno reflexionar sobre como estos adultos, profesores actuales, han crecido y como han sido educados justo en el momento en que las teorías de la modernidad eran vigentes, pues se hacía necesario evidenciar las certezas de un campo disciplinar, con ello un profesional que demostrara criterios de cientificidad. De esta forma el rol profesional de la persona adquiriría reconocimiento social, un estatus importante para llegar a ser. En el campo ocupacional, el ideal del yo se asociaba entonces a adquirir las certezas de una disciplina, situación que reafirmaría las concepciones de un desarrollo evolutivo donde se consolidaba la identidad de un

sujeto como única y personal. Pocos de estos adultos actuales tuvieron, durante su proceso de formación, la oportunidad de sentirse participes de construcción de relaciones en comunidades virtuales, pues su red de relaciones se lograba en interacciones con su entorno social inmediato, con lo que sería posible derivar que, en el marco de estas relaciones (y en el mejor de los casos desde lo pertinente para la salud de la persona), se gestaron identificaciones y diferenciaciones que hacen viable la construcción de un sentimiento de identidad personal, propio y diferenciado.

En el contexto de la crisis de la modernidad, se presenta la realidad de una relación cuyos participantes docente-adulto joven-estudiante, construyen un ideal del ser, mas quizá la representación del como se gesta este ser en formación, reviste características espacio temporales consolidadas en diferentes momentos socio culturales. A este punto será pertinente hacer notar, en el contexto de una clínica social relacional, las posibilidades de movilizar procesos de identidad que rescaten la importancia de construir un ideal del yo, a propósito de la elección vocacional del joven y de la asunción de un rol docente en el adulto maduro. La psicología en contexto con los procesos educativos actuales habrá de presentar las posibilidades en que este adulto formador pueda afianzar su sistema de valores sociales a favor de una ética vital, de tal manera que se posibiliten como sujetos de identificación.

Esta madurez que se propone al docente adulto podría encontrar una referencia en la actitud de dar, y los

cuatro elementos básicos que consideró Erich Fromm (citado por Obiols, 2006):

Cuidado, responsabilidad, respeto y conocimiento son mutuamente interdependientes. Constituyen un síndrome de actitudes que se encuentran en la persona madura; esto es en la persona que desarrolla productivamente sus propios poderes, que solo desea poseer los que ha ganado con su trabajo, que ha renunciado a los sueños narcisistas de omnisapiencia y omnipotencia, que ha adquirido humildad basada en la fuerza interior que solo la genuina actividad productiva puede proporcionar (p. 123).

La madurez descrita podría desanimar a muchos ya que se propone como un estado ideal, mas es posible acercarse a una noción de realidad, cuando el profesional de la psicología en el contexto educativo rescata los cuatro elementos planteados por Fromm: cuidado, responsabilidad, respeto y conocimiento, en el marco de la construcción de realidad que se sucede entre el adulto-docente y joven-estudiante. Esto es, promover la creación de nuevas cartografías para navegar en sanas relaciones constructivas y vinculares, a propósito de rescatar los códigos de un deber ser, en relación con.

Esta propuesta se actualiza con los postulados de Humberto Maturana (2004, p. 85), cuando describe una relación de respeto en la legitimidad del otro como alternativa para “la solución de cualquier problema social”. En el progresivo entendimiento de la construcción de sujeto joven o adulto,

Maturana presenta su comprensión de un ser humano que existe en un sistema social y afirma que: “Toda nuestra realidad humana es social, y somos individuos, personas, solo en cuanto somos seres sociales en el lenguaje”. De esta forma, es posible acudir a las reflexiones de Maturana para contextualizar aportes de la psicología en cuanto se hace posible potencializar, en la relación docente estudiante, un reconocimiento del otro como legítimo en sus semejanzas y diferencias. Cada uno de estos individuos, participa en la realidad que se construye con el otro, en la que el joven (reconociendo que su momento evolutivo de la adolescencia, se encuentra atravesado por los desarrollos tecnológicos del momento) está en la búsqueda de un rol profesional, al hacer una elección disciplinar. En este contexto se hace deseable que el joven se encuentre con un docente “maduro”, cuya formación en la modernidad ha de conferirle ciertos criterios de certezas a partir de los cuales se propone como formador. Acentuar esta capacidad de identificar las diferencias de comprensión, frente al significado de lo que los procesos de formación profesional implican en la construcción de identidad en ambos, estudiante-joven y docente-adulto-“maduro”, implicará un reconocimiento del otro en su contexto histórico-social.

Esta exploración así propuesta, deja abierta la invitación para que en los escenarios de la institución de educación superior, a partir del reconocimiento del otro, se haga posible legitimar nuevas relaciones vinculares donde se recuperen códigos del deber ser y se promuevan los ideales a alcanzar a partir de sucesivos movimientos de identidad, los que

considerados en contexto de formación, podrán promover la consolidación de sí mismo en relación con la elección optada, o diferenciarse sanamente de ella en esa perspectiva de construcción de sí.

Esta posibilidad de intervención clínico-social en el contexto educativo podría constituirse en alternativa a las concepciones que el visionario Erik Erikson consideraba no debían perderse, pese a la relación que las máquinas tendrían con: “Una juventud en profunda necesidad de redefinir su identidad en un mundo Industrializado” (1985, p. 237). Ante el reconocimiento de un sujeto actual, en múltiples posibilidades de relación, el análisis y reflexión se ha centrado en opciones de construcción de sí mismo, en las que el contexto de la educación moviliza procesos de identidad entre los participantes de estas relaciones; con lo que se espera que las contribuciones de la psicología clínica-social promueva relaciones que se constituyen en red vincular de apoyo a la organización del sí mismo, a partir del rescate de la importancia de la interacción, para construir con otros. De esta manera, acudir a las consideraciones que E. Erikson (1985, p. 278), propone esenciales a fin de “proveer el necesario sustento adicional”, en el progresivo desarrollo de identidad.

Con lo anterior la psicología clínica como construcción social que contempla al sujeto en relación, joven-estudiante y adulto-docente, en su contexto y su singular historia, tiene la posibilidad de generar las reflexiones en los entornos educativos donde se promueve el reconocimiento del otro, para construir sanas relaciones que

conlleven procesos de diferenciación e identidad. Queda entonces la invitación a reflexionar sobre la cualidad de la relación vincular que se hace posible en las interacciones actuales de jóvenes y

adultos que confluyen en escenarios educativos, donde los procesos de identidad se hacen visibles a las posibilidades de continuidad del sí mismo en formación.

REFERENCIAS

- Erikson, Eric H. (1979). Historia personal y circunstancia histórica. Madrid: Alianza Editorial.
- Erikson, Eric H. (1985). Infancia y Sociedad (10ª ed.). Buenos Aires: Ediciones Horme.
- Erikson, Eric H. (1995). Sociedad y Adolescencia (15ª ed.). México: Siglo veintiuno editores.
- Estupiñán, J., Hernández, Á. y otros. (2003). Construcciones en psicología compleja, aportes y dilemas. Bogotá: Concejo Editorial, Universidad Santo Tomas.
- Gergen, K. (1992). El yo saturado, dilemas de identidad en el mundo contemporáneo. España: Ediciones Paidós Ibérica.
- Lipovetsky, G. (2002). El crepúsculo del deber, la ética indolora de los nuevos tiempos democráticos (6ª ed.). Barcelona: Editorial Anagrama.
- Maturana, H. (2004). Desde la Biología a la psicología. Buenos Aires: Lumen.
- Morin, E. (2003). Educar en la era planetaria. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Morin, E. (2003). El Método, la humanidad de la Humanidad, la Identidad Humana. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Najmanovich, D. (2005). El juego de los vínculos. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Obiols, G. y Di segni Obiols, S. (2006). Adolescencia, Postmodernidad y Escuela. Buenos Aires: Ediciones Noveduc.
- Páramo R, G. (2006). En seminario Identidades Modernidad y Escuela. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.

Artículo recibido: Noviembre de 2008
Artículo aceptado: Abril de 2009